

VERANO 12

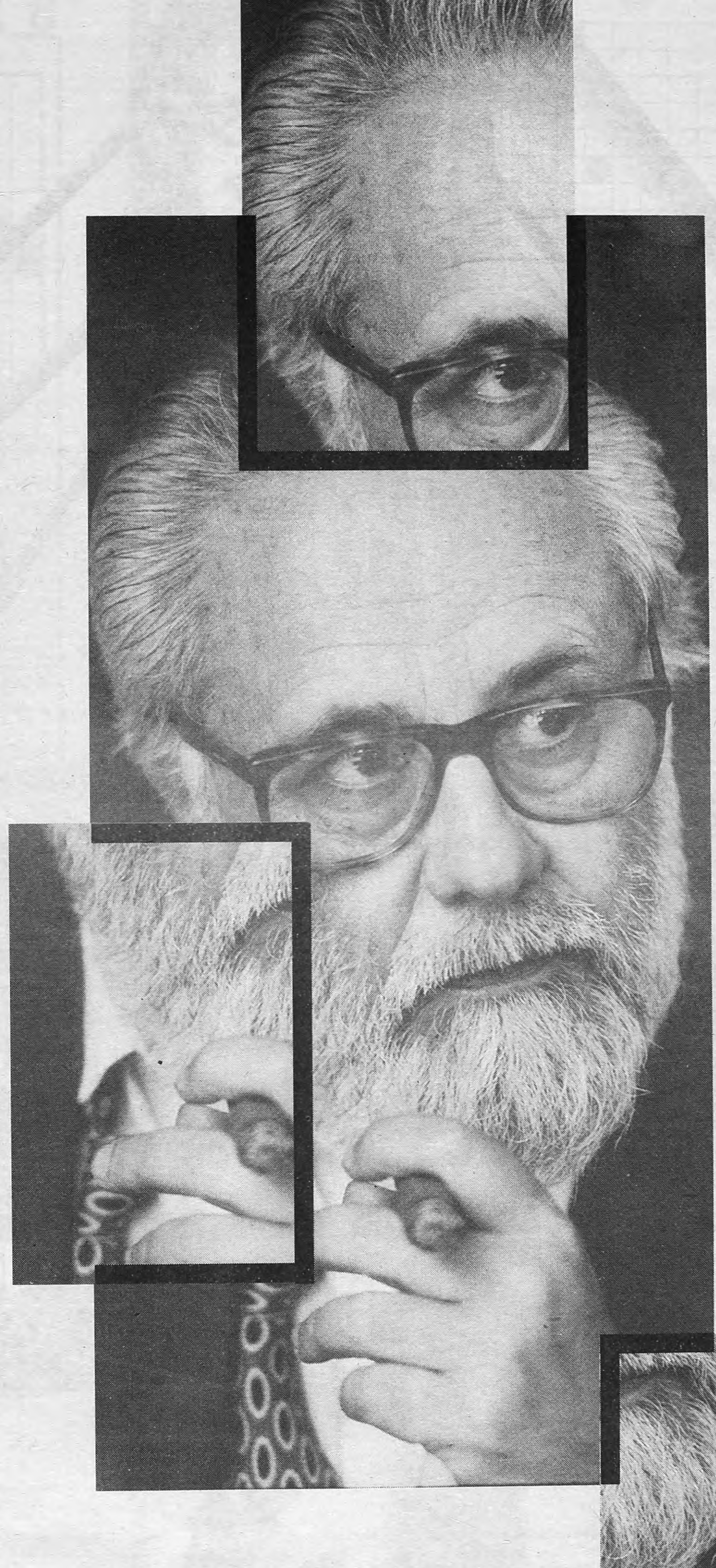
Margarita

(*Por Pedro Lipcovich*) Por la ventanilla del avión de la compañía que llevaba a los ganadores, la señora Rosita vio la silueta de la isla Margarita, cuyo tallo brotaba del mar. El piloto explicó por el altoparlante cómo el tallo, que parecía tan delgado, tenía un alma de titanio flexible profundamente clavada en el fondo marino. De la parte baja del tallo brotaban inmensas hojas de acrílico verde que albergaban las plantas potabilizadoras y las centrales eléctricas, pero el avión ya descendía hacia la flor propiamente dicha: la compañía, mediante detergentes especiales, mantenía blanquísimos los pétalos de Margarita; en uno estaba el aeropuerto, en otro el hotel, en otro el centro de compras. Los días del premio pasaron muy rápido; los ganadores iban hasta el borde del pétalo a contemplar el horizonte celeste o miraban el vértigo de los clavadistas que se arrojaban al abismo. Cuando promediaba la estadía, se supo que la isla sería sacudida por vacilaciones y conflictos en los más altos niveles de la compañía, aunque la seguridad de los ganadores no se vería afectada. Esa misma tarde Margarita empezó a inclinarse; cuando había escorado unos 30 grados, los ganadores fueron fijados con cinturones de seguridad a sillas y sillones atornillados al pétalo; al anochecer, la tensión se liberó de golpe y todo lo que no estaba fijo voló hacia el mar: uno de los pétalos había desaparecido. Al día siguiente fueron arrancados tres pétalos más, se perdieron la casa de gobierno y la enfermería. Era evidente que Margarita iba a ser deshojada por completo, pero la compañía aseguró mediante altavoces que respetaría hasta el último día del premio, y así fue. Llegaron al aeropuerto justo cuando estaba a punto de ser arrancado, y el avión despegó a tiempo. El viaje de regreso fue muy sereno. Cuando el avión volaba sobre San Antonio de Padua, donde vive la señora Rosita, la voz del piloto explicó que la duración del premio acababa de terminar y que la señora debía abrir la puerta de emergencia a su derecha y saltar. Ella comprendió que la compañía no permitiría ningún daño y obró como se le indicaba. Después de un rato de caída libre, empezó a frenarse. Los techos de San Antonio de Padua aumentaban de tamaño y la señora Rosita distinguió el de su casa, cada vez más cerca, que se abrió blandamente para dejarla pasar hasta caer sentada en su sillón de siempre frente al televisor.

Más conocido entre nosotros como cineasta que como escritor, el español Gonzalo Suárez es –por lo menos– autor de "Gorila en Hollywood", un legendario volumen de cuentos que, de tanto en tanto, flota hasta la superficie de las mesas de saldos porteñas. El presente relato pelea en las páginas de este libro al que en su momento Julio Cortázar señaló como hito "de una obra resbaladiza y casi inasible, análoga a lo que pudo dibujar en su día y en Francia la obra de Boris Vian".

CO

Por Gonzalo Suárez



U Pac Spac saltó la verja del asilo, mientras los otros internados seguían tomando el sol. Echó a andar por las calles de la ciudad, con la diestra en el bolsillo y un raído saquito en la otra. Silbaba una antigua melodía, para disimular. La pegajosa primavera había reavivado la sangre de sus arterias. La fuga no le resultó difícil. Seguramente no le echarían de menos hasta la hora de la cena, y era improbable que nadie se tomara la molestia de buscarle. Era libre de hacer lo que le viniera en gana. Pero sólo una idea ocupaba su mente.

A media tarde, llegó a la tienda de Flo-Flo. La mujer estaba tras el mostrador. Tardó en reconocerle. Pac creyó observar cierta turbación en los ojos pitañosos de la anciana prostituta.

–Hola –dijo la mujer.

Y se volvió para colocar un tarro de caramelos en la estantería.

Estaba endiabladamente intimidado. Tenía un nudo en las tripas.

–¿Te han dejado salir? –preguntó Flo-Flo con afectada indiferencia.

–Me he escapado –dijo Pac Spac.

Procuraba mantener el saquito bajo el nivel del mostrador, para que la mujer no lo viera.

–¿Has comido? –preguntó ella.

–Sí –mintió él.

Los dos se miraron en silencio.

–Te encuentro bien –mintió ella.

–Y yo a ti también –mintió él.

–Las cosas no me van del todo mal –mintió ella.

–Ya lo veo –mintió él.

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó Flo-Flo, adoptando nuevamente una falsa desenvoltura.

–Necesito algún dinero –confesó Pac Spac avergonzado.

–Lo supongo –dijo ella, y sacó un billete de la caja.

–Es demasiado –protestó él sin convicción.

Pero cogió el dinero y se lo guardó en el único bolsillo que no estaba agujereado.

–Gracias –dijo.

–Siento no poder darte más –murmuró ella.

–Oh, no... Es suficiente... –dijo él.

En realidad, pensaba en cuánto podría costarle el billete hasta Oviedo.

–¿Dónde vas a dormir? La pregunta de la mujer le cogió desprevenido. Cuando Pac Spac pensaba, le resultaba trabajoso volver a la realidad.

–Me voy de viaje –dijo.

–Si quieres, puedes quedarte en casa –aventuró ella, y añadió en seguida–: Por esta noche.

–No. Me voy de viaje –repitió obsesivamente Pac.

–Espero volver a verte –dijo Flo-Flo.

–Vendré a verte... más adelante... –dijo él.

Los dos sabían que no sería así. Y, sin embargo, los dos deseaban que así hubiera sido.

–Bueno... Adiós, Flo-Flo... –dijo él.

–Adiós, Pac. Cuídate –dijo ella.

Pac Spac salió y se dirigió a la estación. El tren de Asturias partía a las diez de la noche. Pac Spac aguardó comiéndose un correoso bocadillo. La gente se movía perezosamente a su alrededor. Habían adquirido esa empalagosa lentitud que sobreviene después de haber encajado algunos golpes certeros. Para Pac eran sólo sombras. Y Pac era sólo una sombra para ellos. Durante el viaje, durmió con los ojos abiertos, la cabeza apoyada en el saquito de lona, igual que solía hacer en el camastro del asilo. Y, como entonces, soñó que estaba en el ring. La campana había sonado y Pac levantó la guardia y avanzó al encuentro de su adversario... Pero el ring estaba vacío y los brazos le pesaban. "Está sonado", oyó que decían. "Está acabado..." Las voces llegaban hasta él como susurros. Era el décimo asalto.

En Oviedo cogió un autocar que le llevó hasta Navia. Desde allí se fue andando hasta Anleo. Tomó un café en el pueblo y, al fin, se decidió a preguntar por Martillo Pacheco. El corazón le latía rápido. ¿Y si Pacheco hubiera muerto? ¿Y si ya no viviera en aquel lugar?

Pacheco tenía una zapatería a tres kilómetros, siguiendo el río. Pac Spac respiró hondo y satisfecho. Pero no por eso su corazón dejó de machacarle el pecho. No era un corazón, era un punching bien batido.

Sentía las piernas un poco anquilosadas por el viaje y por la humedad del campo. Por lo demás, estaba en buena forma. Como cuando derribó a "La Araña Negra" en el cuarto asalto. Eso creía él. Su mano se crispó de impaciencia estrujando la gastada lona del saquito.

Martillo Pacheco levantó la mirada desde un trozo de cuero curtido hasta el rostro no menos curtido de Pac Spac. Las orejas de coliflor y la nariz chata le trajeron viejos recuerdos. Tuvo la impresión de escuchar de nuevo el bramido del público. Fue como una bofetada.

–Hola, Pacheco –dijo Pac.

–¿Qué quieres? –preguntó Martillo Pacheco.

–Soy Pac Spac –dijo Pac.

–¿Y qué quieres? –volvió a preguntar el otro,

combate

Por Gonzalo Suárez

Más conocido entre nosotros como cineasta que como escritor, el español Gonzalo Suárez es –por lo menos– autor de "Gorila en Hollywood", un legendario volumen de cuentos que, de tanto en tanto, flota hasta la superficie de las mesas de saldos porteñas. El presente relato pelea en las páginas de este libro al que en su momento Julio Cortázar señaló como hito "de una obra resbaladiza y casi inasible, análoga a lo que pudo dibujar en su día y en Francia la obra de Boris Vian".

Pac Spac saltó la verja del asilo, mientras los otros internados seguían tomando el sol. Echó a andar por las calles de la ciudad, con la diestra en el bolsillo y un raído saquito en la otra. Silbaba una antigua melodía, para disimular. La pegajosa primavera había reavivado la sangre de sus arterias. La fuga no le resultó difícil. Seguramente no le echarían de menos hasta la hora de la cena, y era improbable que nadie se tomara la molestia de buscarle. Era libre de hacer lo que le viniera en gana. Pero sólo una idea ocupaba su mente.

A media tarde, llegó a la tienda de Flo-Flo. La mujer estaba tras el mostrador. Tardó en reconocerle. Pac creyó observar cierta turbación en los ojos pitañosos de la anciana prostituta.

–Hola –dijo la mujer.

Y se volvió para colocar un tarro de caramelos en la estantería.

Estaba endiabladamente intimidado. Tenía un nudo en las tripas.

–¿Te han dejado salir? –preguntó Flo-Flo con afectada indiferencia.

–Me he escapado –dijo Pac Spac.

Procuraba mantener el saquito bajo el nivel del mostrador, para que la mujer no lo viera.

–¿Has comido? –preguntó ella.

–Sí –mintió él.

Los dos se miraron en silencio.

–Te encuentro bien –mintió ella.

–Y yo a ti también –mintió él.

–Las cosas no me van del todo mal –mintió ella.

–Ya lo veo –mintió él.

–¿Qué vas a hacer ahora? –preguntó Flo-Flo, adoptando nuevamente una falsa desenvoltura.

–Necesito algún dinero –confesó Pac Spac avergonzado.

–Lo supongo –dijo ella, y sacó un billete de la caja.

–Es demasiado –protestó él sin convicción.

Pero cogió el dinero y se lo guardó en el único bolsillo que no estaba agujereado.

–Gracias –dijo.

–Siento no poder darte más –murmuró ella.

–Oh, no... Es suficiente... –dijo él.

En realidad, pensaba en cuánto podría costarle el billete hasta Oviedo.

–¿Dónde vas a dormir? La pregunta de la mujer le cogió desprevenido. Cuando Pac Spac pensaba, le resultaba trabajoso volver a la realidad.

–Me voy de viaje –dijo.

–Si quieres, puedes quedarte en casa –aventuró ella, y añadió en seguida–: Por esta noche.

–No. Me voy de viaje –repitió obsesivamente Pac.

–Espero volver a verte –dijo Flo-Flo.

–Vendré a verte... más adelante... –dijo él.

Los dos sabían que no sería así. Y, sin embargo, los dos deseaban que así hubiera sido.

–Bueno... Adiós, Flo-Flo... –dijo él.

–Adiós, Pac. Cuídate –dijo ella.

Pac Spac salió y se dirigió a la estación. El tren de Asturias partía a las diez de la noche. Pac Spac aguardó comiéndose un correoso bocadillo. La gente se movía perezosamente a su alrededor. Habían adquirido esa empalagosa lentitud que sobreviene después de haber encajado algunos golpes certeros. Para Pac eran sólo sombras. Y Pac era sólo una sombra para ellos. Durante el viaje, durmió con los ojos abiertos, la cabeza apoyada en el saquito de lona, igual que solía hacer en el camastro del asilo. Y, como entonces, soñó que estaba en el ring. La campana había sonado y Pac levantó la guardia y avanzó al encuentro de su adversario... Pero el ring estaba vacío y los brazos le pesaban. "Está sonado", oyó que decían. "Está acabado..." Las voces llegaban hasta él como susurros. Era el décimo asalto.

En Oviedo cogió un autocar que le llevó hasta Navia. Desde allí se fue andando hasta Anleo. Tomó un café en el pueblo y, al fin, se decidió a preguntar por Martillo Pacheco. El corazón le latía rápido. ¿Y si Pacheco hubiera muerto? ¿Y si ya no viviera en aquel lugar?

Pacheco tenía una zapatería a tres kilómetros, siguiendo el río. Pac Spac respiró hondo y satisfecho. Pero no por eso su corazón dejó de machacarle el pecho. No era un corazón, era un punching bien batido.

Sentía las piernas un poco anquilosadas por el viaje y por la humedad del campo. Por lo demás, estaba en buena forma. Como cuando derribó a "La Araña Negra" en el cuarto asalto. Eso creía él. Su mano se crispó de impaciencia estrujando la gastada lona del saquito.

Martillo Pacheco levantó la mirada desde un trozo de cuero curtido hasta el rostro no menos curtido de Pac Spac. Las orejas de coliflor y la nariz chata le trajeron viejos recuerdos. Tuvo la impresión de escuchar de nuevo el bramido del público. Fue como una bofetada.

–Hola, Pacheco –dijo Pac.

–¿Qué quieres? –preguntó Martillo Pacheco.

–Soy Pac Spac –dijo Pac.

–¿Y qué quieres? –volvió a preguntar el otro, inmutable.

–Pues... He venido a verte... –dijo Pac.

El ritmo de su corazón se había tornado ahora pastoso y eficaz, como en pleno combate.

–¿Y qué quieres? –repitió Martillo Pacheco.

–¿Te acuerdas de mí? –preguntó a su vez Pac, dejando entrever un incipiente desconcierto.

Pacheco indicó con la mirada un taburete.

–No, gracias. No estoy cansado –dijo Pac con arrogancia.

Nunca solía sentarse entre campana y campana. El otro se encogió de hombros.

–Ha pasado mucho tiempo –musitó.

–Sí –dijo estúpidamente Pac.

–¿Qué es de tu vida? –dejó caer Martillo Pacheco mientras sobaba concienzudamente el trozo de cuero.

Tenía las manos como mazos.

–Bien, ¿y tú? –devolvió Pac Spac. Sus hombros caídos, de peso medio, realzaban más todavía la reciedumbre de su cuello.

–Ya ves –apuntilló Pacheco, con un deje entre filosófico y cansino.

–Tú fuiste campeón... –reflexionó en voz alta Pac Spac.

Aquel cuchitril confería a sus palabras una resonancia patética.

–Ha pasado mucho tiempo –concluyó Pacheco.

Pero el tiempo pasado estaba allí, con ellos: viejos recortes de periódicos en las paredes.

–Tú sabes que no me ganaste... –dijo Pac Spac con una mezcla de timidez y firmeza.

Sin embargo, no había en su tono ni un ápice de amargura.

–Te gané –dijo el otro con evidente desinterés.

–Yo pude ser el campeón... –reanudó Pac Spac, y su mirada se nubló.

–Pero te gané –insistió Pacheco.

–Sabes que no –replicó Pac Spac, tratando de disimular la emoción que le embargaba.

Durante días y noches, durante años con sus días y sus noches, Pac Spac había rumiado inexorables razonamientos que demostraban la flagrante injusticia del veredicto. Pero ahora, el momento llegado, no acertaba a engarzar dos frases.

–¿Para eso has venido? –espetó Martillo Pacheco. Pac alzó entonces el saquito de lona y lo mostró a su antiguo contincante. Pacheco miró sin comprender.

–Vengo a combatir contigo –anunció Pac–. Vengo a ganarte, Pacheco... Vengo a demostrar que los jueces estaban vendidos... Desde el día en que me dieron perdedor, no he pensado en otra cosa...

–De eso hace mucho tiempo –sentenció Martillo Pacheco con estupor.

–Pero tú nunca quisiste volver a pelear conmigo... Tú y tu gente... Me teníais miedo... Porque sabíais que yo había ganado... Y que la próxima vez no acabarías el combate en pie... –habló Pac, rezumando convicción.

–Estabas acabado –contestó Pacheco con aparente ecuanimidad–. Por eso no quisieron volver a enfrentarme a ti... Eras carne de asilo, Pac... Esa es la verdad...

–Te hubiera tumbado en el cuarto, como a "La Araña Negra" –replicó Pac.

–No lo creo –dijo Pacheco.

–Sabes que sí... Yo era el único que podía haberte tumbado... Por eso hicisteis creer a todos que estaba acabado... ¡Comprasteis al médico para que yo no volviera a combatir!

La voz de Pac se quebró, obligándole a simular un inoportuno carraspeo.

–He venido para demostrar que aquel combate estaba amañado –afirmó, una vez recuperada la entereza.

–Pero... ¡Ha pasado mucho tiempo! ¿Cómo podrás demostrarlo? –preguntó Pacheco.

–Peleando de nuevo contigo. Venciéndote –respondió Pac.

–¿Peleando? ¿Tú y yo? ¿Dónde? ¿En el Madison Square? Vamos, vamos, Pac... Estás más loco de lo que decían... ¿Quién iba a organizar ese combate? ¡Ha pasado tanto tiempo! Somos dos vejestorios... Siéntate, hombre, y tranquilízate... Lo pasado, pasado está... Pudiste ganarme... Es posible... Pero no me ganaste... Dices que los jueces estaban comprados... Es posible... Pero yo sólo sé que no me ganaste... Nunca me hubieras ganado... Y tú lo sabes... Yo era el mejor... Por eso fui campeón.

Martillo Pacheco desgranaba las palabras sin levantar la mirada, fijos los ojos en el trocito de cuero que sostenía entre los dedos.

–Ahora no tenemos a nadie que organice el combate –proclamó Pac Spac-. Nadie que se mezcle en nuestros asuntos, nadie que mangonee, nadie que nos robe la bolsa, nadie entre tú y yo, Pacheco... Ahora sabremos quién es el mejor...

Pacheco dejó caer el pedazo de cuero y miró a Pac.

–Pero... ¿De verdad quieres que nos peguemos? –preguntó. Por toda respuesta, Pac abrió el saquito de vieja lona que había traído consigo y extrajo un par de guantes.

Al atardecer, los dos hombres llegaron a una playa desierta. El mar estaba en calma. Pacheco, el zapatero, se quitó parsimoniosamente la pelliza. Durante el camino habían hablado todo lo que tenían que hablar. Pac Spac estaba loco. Nada ni nadie hubiera podido disuadirle. Se merecía una buena lección.

Pacheco no tenía guantes. Había guardado un par en el hórreo, colgados del techo, pero un acrobático ratón consiguió llegar hasta allí y dar buena cuenta de ellos. A Pacheco, como era zurdo, Pac le dejó el guante izquierdo. Luego hicieron jirones una toalla y se vendaron respectivamente la mano desnuda. También prescindieron del protector dental. Se remangaron los pantalones y Pacheco retiró la hebilla del cinturón.

Pac Spac se quitó la camisa. Su torso había adquirido con los años cierta flaccidez que se hacía evidente, sobre todo en los flancos. Pacheco lo observó en seguida y pensó trabajar abajo antes de intentar derribar el árbol. Se quitó, a su vez, la camisa. Los pectorales eran recios y los brazos trenzados como cuerdas de muelle. Pero Pac Spac soñaba con la carótida de Pacheco; que antaño, según se decía, era de cristal y que él sabía proteger bien en el transcurso del combate, sacrificando para ello su diestra.

El cielo estaba plúmbeo, en densidad y en colorido. El mar también. La arena húmeda cosquilleaba en la planta de los pies.

–¿Hasta cuándo? –preguntó Pacheco.

–Hasta que uno de los dos caiga y no pueda levantarse –dijo Pac Spac.

El guante izquierdo de Pacheco fue a topar suavemente contra el derecho de Spac. Y dio comienzo el combate.

Pacheco se agazapó, según tenía por costumbre, para atraer a Pac. La cabeza ladeada, el hombro derecho casi distorsionado, pegado a la mandíbula. la mano derecha, envuelta en un jirón de toalla, flotaba a la altura de la nariz. Los ojos, de mirada mate, emergían sombríos e inexpresivos. El puño enguantado oscilaba, aparentemente indeciso, al nivel de las orejas.

Pac Spac sabía bien que tendría que mantenerse a distancia de ese puño y girar en torno a su adversario de izquierda a derecha, con toda la agilidad que le permitieran sus viejas piernas. El lo sabía. Pero ¿y sus piernas? Parecían ignorarlo. Se arrastraban pesadamente sobre la arena. No, Pac no podía contar ya con ellas. Extendió el brazo izquierdo, con los nudillos mal cubiertos por el trapo, y bajó la diestra al costado, describiendo amenazadores semicírculos. Tuvo la sensación de que Pacheco sonreía. El intentó hacer otro tanto, pero sólo consiguó una mueca que más bien parecía un rictus anticipado de dolor.

Pacheco blocó sin agobio dos o tres perezosos jabs de tanteo que su contrincante le envió como preámbulo. El improvisado ring sin confines favorecía a Pac. Si Pacheco quería acorralarlo, tendría que llevarlo hasta las rocas. Pero no parecía, de momento, ésa su intención. Se limitaba a esperar.

La tarde caía. La marea estaba subiendo. El aire, cada vez más húmedo, olía a hierba. La hierba olía a mar.

De pronto, un directo fulminante perforó la guardia de Pacheco y la diestra enguantada llegó hasta el ojo. Pacheco respondió automáticamente con un crochet que se perdió a dos palmos del rostro de Pac. Pero no retrocedió. Por el contrario, clavó los pies en la arena y aguardó una nueva embastida. Había comprobado que el viejo Spac conservaba toda la potencia de su pegada. Sería necesario dejar que se desfogara y luego golpearle los flancos para segarle el soplo. La pegada de Pac Spac se volvería de algodón y sus piernas también. Entonces y sólo entonces, la izquierda de Pacheco buscaría el mentón. Bastaría un golpe para verle derrumbarse. Bastaría un golpe. Pero, de momento, era necesario agazaparse y esperar. Esperar. A que el puño de Pac Spac llegara una y otra vezbuscando, sin encontrarla, su mandíbula. Esperar. A que las piernas de Pac Spac quedaran definitivamente estáticas y a que los ojos reflejaran los primeros síntomas de impotencia. Esperar. Esta vez el guante de Pac había llegado hasta la ceja y, en una rápida torsión, la había abierto. La sangre empezó a manar por la mejilla de Pacheco. Resultaba aquél un contratiempo fastidioso, pero previsto. Allí no había médicos ni árbitros que detuvieran el combate. Y el desgarro se había producido en el extremo exterior de la ceja. Por tanto, la sangre podía manar cuanto quisiera. Porque no le impedía la visión. Pac Spac se cebaría en la herida y su obstinada actitud sólo contribuiría a precipitar su fin. Eso pensó Pacheco. Pero un golpe seco al hígado le dobló en dos, sus brazos descendieron lo suficiente para que Pac Spac metiera una mano en el mentón y Pacheco sintió un peculiar cosquilleo en las rodillas. Todo un aviso. Soltó, prematuramente, una coz de izquierda que volvió a perderse en el aire porque Spac mantenía su distancia. El loco sabía lo que hacía, Pacheco se agarró a él para recuperar el soplo y oyó cómo Pac le decía entre dientes: "Suéltame, suéltame". Eso era precisamente lo que Pacheco iba a hacer. Y lo hizo, al tiempo que su izquierda martilleaba de abajo arriba el rostro de Spac, proyectándole hacia atrás en un viaje grotesco hasta el agua. "Le cacé bien", pensó Pacheco. "Me cazó", pensó Spac, mientras se debatía en el agua, intentando reunir las fuerzas para ponerse de pie. Tuvo la impresión de que todo había acabado. La luna había aparecido de improviso y se le acercaba oronda y socarrona. Uno, dos, tres... Se puso de rodillas para volver a desplomarse hacia delante. Una bocanada de agua salada se confundió con una náusea de amargura. Seis, siete, ocho... Se irguió chorreante. Ganó la orilla tambaleándose. Era carne de asilo. Y Pacheco se abalanzó sobre él, pegando con ambas manos. Pac movía los brazos desesperadamente, como aspas, se defendía a palos de aquella lapa con tentáculos que le bombardeaba sin piedad. Spac hincó la rodilla.

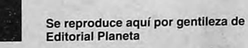


–¿Es suficiente? –preguntó Pacheco, jadeante.

Su figura se había agigantado. Todavía mantenía el puño izquierdo en alto, cuando Spac enderezándose como una cobra al ataque le disparó un swing que Pacheco acertó a detener con el antebrazo para replicar en seguida con una serie demoledora. Spac había perdido la distancia, estaba desarbolado, pero... se había puesto en pie. Y resistió. Aceptando el desigual cuerpo a cuerpo. Resistió. Pacheco había olvidado sus iniciales propósitos tácticos. Sólo tenía una intención: tirar patas arriba a aquel loco suicida, a aquel fantasma del pasado, deshacerse para siempre de él.

En el cielo aparecieron las estrellas. Las olas iban plácidamente a desvanecerse a los pies de los dos boxeadores. El corazón de Pacheco empezó a renquear como un émbolo oxidado. Soplaba dentro del pecho y los oídos del zapatero silbaron como una olla a presión. Pacheco estrelló otra vez la izquierda contra el rostro de su adversario, pero esta vez el golpe careció de fuerza. Y la réplica no se hizo esperar. Fue un directo impreciso pero oportuno. Pacheco dio un paso atrás. Apenas un paso. Un paso. Pero fue el principio del fin. Pac Spac estaba en el ring. Como aquella noche, hacía ya veinte años, cuando los jueces le dieron perdedor. Sus pies sentían la resina y el serrín. Sus puños recorrían el espacio justo, sin descomponer la silueta recortada bajo los focos. Su mirada había recobrado el destello. Sus oídos recibían el clamor. Martillo Pacheco se derrumbó, vencido al tiempo por Pac Spac y por su gastado corazón. Quedó inerte, sin más signo de vida que la sangre que fluía de la ceja partida.

En la noche, Pac Spac levantó el brazo en señal de victoria. Era el campeón. ¡Si al menos Flo-Flo hubiera visto el combate!



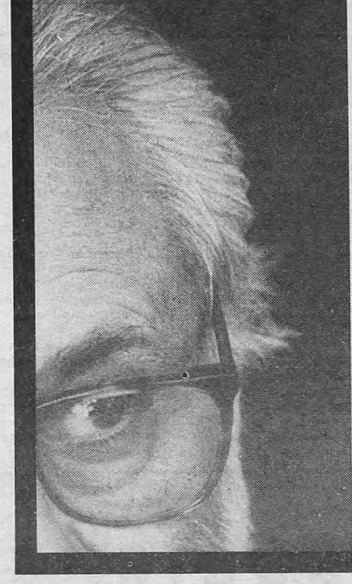
Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta

inmutable.
–Pues... He venido a verte... –dijo Pac.
El ritmo de su corazón se había tornado ahora pastoso y eficaz, como en pleno combate.
–¿Y qué quieres? –repitió Martillo Pacheco.
–¿Te acuerdas de mí? –preguntó a su vez Pac, dejando entrever un incipiente desconcierto.
Pacheco indicó con la mirada un taburete.
–No, gracias. No estoy cansado –dijo Pac con arrogancia.
Nunca solía sentarse entre campana y campana. El otro se encogió de hombros.
–Ha pasado mucho tiempo –musitó.
–Sí –dijo estúpidamente Pac.
–¿Qué es de tu vida? –dejó caer Martillo Pacheco mientras sobaba concienzudamente el trozo de cuero.
Tenía las manos como mazos.
–Bien, ¿y tú? –devolvió Pac Spac. Sus hombros caídos, de peso medio, realzaban más todavía la reciedumbre de su cuello.
–Ya ves –apuntilló Pacheco, con un deje entre filosófico y cansino.
–Tú fuiste campeón... –reflexionó en voz alta Pac Spac.
Aquel cuchitril confería a sus palabras una resonancia patética.
–Ha pasado mucho tiempo –concluyó Pacheco.
Pero el tiempo pasado estaba allí, con ellos: viejos recortes de periódicos en las paredes.
–Tú sabes que no me ganaste... –dijo Pac Spac con una mezcla de timidez y firmeza.
Sin embargo, no había en su tono ni un ápice de amargura.
–Te gané –dijo el otro con evidente desinterés.
–Yo pude ser el campeón... –reanudó Pac Spac, y su mirada se nubló.
–Pero te gané –insistió Pacheco.
–Sabes que no –replicó Pac Spac, tratando de disimular la emoción que le embargaba.

jor... Por eso fui campeón.
Martillo Pacheco desgranaba las palabras sin levantar la mirada, fijos los ojos en el trocito de cuero que sostenía entre los dedos.
–Ahora no tenemos a nadie que organice el combate –proclamó Pac Spac–. Nadie que se mezcle en nuestros asuntos, nadie que mangonee, nadie que nos robe la bolsa, nadie entre tú y yo, Pacheco... Ahora sabremos quién es el mejor...
Pacheco dejó caer el pedazo de cuero y miró a Pac.
–Pero... ¿De verdad quieres que nos peguemos? –preguntó. Por toda respuesta, Pac abrió el saquito de vieja lona que había traído consigo y extrajo un par de guantes.
Al atardecer, los dos hombres llegaron a una playa desierta. El mar estaba en calma. Pacheco, el zapatero, se quitó parsimoniosamente la pelliza. Durante el camino habían hablado todo lo que tenían que hablar. Pac Spac estaba loco. Nada ni nadie hubiera podido disuadirle. Se merecía una buena lección.
Pacheco no tenía guantes. Había guardado un par en el hórreo, colgados del techo, pero un acrobático ratón consiguió llegar hasta allí y dar buena cuenta de ellos. A Pacheco, como era zurdo, Pac le dejó el guante izquierdo. Luego hicieron jirones una toalla y se vendaron respectivamente la mano desnuda. También prescindieron del protector dental. Se remangaron los pantalones y Pacheco retiró la hebilla del cinturón.
Pac Spac se quitó la camisa. Su torso había adquirido con los años cierta flaccidez que se hacía evidente, sobre todo en los flancos. Pacheco lo observó en seguida y pensó trabajar abajo antes de intentar derribar el árbol. Se quitó, a su vez, la camisa. Los pectorales eran recios y los brazos trenzados como cuerdas de muelle. Pero Pac Spac soñaba con la carótida de Pacheco; que antaño, según se decía, era de cristal y que él sa-

y luego golpearle los flancos para segarle el soplo. La pegada de Pac Spac se volvería de algodón y sus piernas también. Entonces y sólo entonces, la izquierda de Pacheco buscaría el mentón. Bastaría un golpe para verle derrumbarse. Bastaría un golpe. Pero, de momento, era necesario agazaparse y esperar. Esperar. A que el puño de Pac Spac llegara una y otra vezbuscando, sin encontrarla, su mandíbula. Esperar. A que las piernas de Pac Spac quedaran definitivamente estáticas y a que los ojos reflejaran los primeros síntomas de impotencia. Esperar. Esta vez el guante de Pac había llegado hasta la ceja y, en una rápida torsión, la había abierto. La sangre empezó a manar por la mejilla de Pacheco. Resultaba aquél un contratiempo fastidioso, pero previsto. Allí no había médicos ni árbitros que detuvieran el combate. Y el desgarro se había producido en el extremo exterior de la ceja. Por tanto, la sangre podía manar cuanto quisiera. Porque no le impedía la visión. Pac Spac se cebaría en la herida y su obstinada actitud sólo contribuiría a precipitar su fin. Eso pensó Pacheco. Pero un golpe seco al hígado le dobló en dos, sus brazos descendieron lo suficiente para que Pac Spac metiera una mano en el mentón y Pacheco sintió un peculiar cosquilleo en las rodillas. Todo un aviso. Soltó, prematuramente, una coz de izquierda que volvió a perderse en el aire porque Spac mantenía su distancia. El loco sabía lo que hacía, Pacheco se agarró a él para recuperar el soplo y oyó cómo Pac le decía entre dientes: "Suéltame, suéltame". Eso era precisamente lo que Pacheco iba a hacer. Y lo hizo, al tiempo que su izquierda martilleaba de abajo arriba el rostro de Spac, proyectándole hacia atrás en un viaje grotesco hasta el agua. "Le cacé bien", pensó Pacheco. "Me cazó", pensó Spac, mientras se debatía en el agua, intentando reunir las fuerzas para ponerse de pie. Tuvo la impresión de que todo había acabado. La luna había aparecido de improviso y se le acerca-

ombate



Durante días y noches, durante años con sus días y sus noches, Pac Spac había rumiado inexorables razonamientos que demostraban la flagrante injusticia del veredicto. Pero ahora, el momento llegado, no acertaba a engarzar dos frases.
–¿Para eso has venido? –espetó Martillo Pacheco. Pac alzó entonces el saquito de lona y lo mostró a su antiguo contincante. Pacheco miró sin comprender.
–Vengo a combatir contigo –anunció Pac–. Vengo a ganarte, Pacheco... Vengo a demostrar que los jueces estaban vendidos... Desde el día en que me dieron perdedor, no he pensado en otra cosa...
–De eso hace mucho tiempo –sentenció Martillo Pacheco con estupor.
–Pero tú nunca quisiste volver a pelear conmigo... Tú y tu gente... Me teníais miedo... Porque sabíais que yo había ganado... Y que la próxima vez no acabarías el combate en pie... –habló Pac, rezumando convicción.
–Estabas acabado –contestó Pacheco con aparente ecuanimidad–. Por eso no quisieron volver a enfrentarme a ti... Eras carne de asilo, Pac... Esa es la verdad...
–Te hubiera tumbado en el cuarto, como a "La Araña Negra" –replicó Pac.
–No lo creo –dijo Pacheco.
–Sabes que sí... Yo era él único que podía haberte tumbado... Por eso hicisteis creer a todos que estaba acabado... ¡Comprasteis al médico para que yo no volviera a combatir!
La voz de Pac se quebró, obligándole a simular un inoportuno carraspeo.
–He venido para demostrar que aquel combate estaba amañado –afirmó, una vez recuperada la entereza.
–Pero... ¡Ha pasado mucho tiempo! ¿Cómo podrás demostrarlo? –preguntó Pacheco.
–Peleando de nuevo contigo. Venciéndote –respondió Pac.
–¿Peleando? ¿Tú y yo? ¿Dónde? ¿En el Madison Square? Vamos, vamos, Pac... Estás más loco de lo que decían... ¿Quién iba a organizar ese combate? ¡Ha pasado tanto tiempo! Somos dos vejestorios... Siéntate, hombre, y tranquilízate... Lo pasado, pasado está... Pudiste ganarme... Es posible... Pero no me ganaste... Dices que los jueces estaban comprados... Es posible... Pero yo sólo sé que no me ganaste... Nunca me hubieras ganado... Y tú lo sabes... Yo era el me-

bía proteger bien en el transcurso del combate, sacrificando para ello su diestra.
El cielo estaba plúmbeo, en densidad y en colorido. El mar también. La arena húmeda cosquilleaba en la planta de los pies.
–¿Hasta cuándo? –preguntó Pacheco.
–Hasta que uno de los dos caiga y no pueda levantarse –dijo Pac Spac.
El guante izquierdo de Pacheco fue a topar suavemente contra el derecho de Spac. Y dio comienzo el combate.
Pacheco se agazapó, según tenía por costumbre, para atraer a Pac. La cabeza ladeada, el hombro derecho casi distorsionado, pegado a la mandíbula. la mano derecha, envuelta en un jirón de toalla, flotaba a la altura de la nariz. Los ojos, de mirada mate, emergían sombríos e inexpresivos. El puño enguantado oscilaba, aparentemente indeciso, al nivel de las orejas.
Pac Spac sabía bien que tendría que mantenerse a distancia de ese puño y girar en torno a su adversario de izquierda a derecha, con toda la agilidad que le permitieran sus viejas piernas. El lo sabía. Pero ¿y sus piernas? Parecían ignorarlo. Se arrastraban pesadamente sobre la arena. No, Pac no podía contar ya con ellas. Extendió el brazo izquierdo, con los nudillos mal cubiertos por el trapo, y bajó la diestra al costado, describiendo amenazadores semicírculos. Tuvo la sensación de que Pacheco sonreía. El intentó hacer otro tanto, pero sólo consiguó una mueca que más bien parecía un rictus anticipado de dolor.
Pacheco blocó sin agobio dos o tres perezosos jabs de tanteo que su contrincante le envió como preámbulo. El improvisado ring sin confines favorecía a Pac. Si Pacheco quería acorralarlo, tendría que llevarlo hasta las rocas. Pero no parecía, de momento, ésa su intención. Se limitaba a esperar.
La tarde caía. La marea estaba subiendo. El aire, cada vez más húmedo, olía a hierba. La hierba olía a mar.
De pronto, un directo fulminante perforó la guardia de Pacheco y la diestra enguantada llegó hasta el ojo. Pacheco respondió automáticamente con un crochet que se perdió a dos palmos del rostro de Pac. Pero no retrocedió. Por el contrario, clavó los pies en la arena y aguardó una nueva embestida. Había comprobado que el viejo Spac conservaba toda la potencia de su pegada. Sería necesario dejar que se desfogara

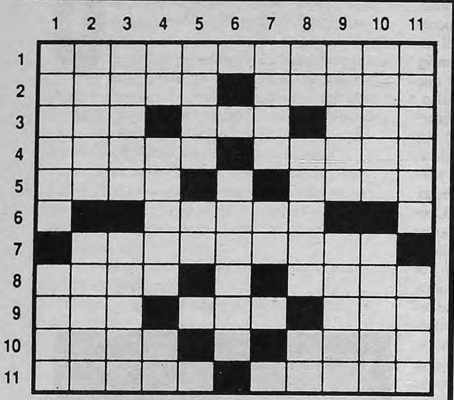
ba oronda y socarrona. Uno, dos, tres... Se puso de rodillas para volver a desplomarse hacia delante. Una bocanada de agua salada se confundió con una náusea de amargura. Seis, siete, ocho... Se irguió chorreante. Ganó la orilla tambaleándose. Era carne de asilo. Y Pacheco se abalanzó sobre él, pegando con ambas manos. Pac movía los brazos desesperadamente, como aspas, se defendía a palos de aquella lapa con tentáculos que le bombardeaba sin piedad. Spac hincó la rodilla.
–¿Es suficiente? –preguntó Pacheco, jadeante.
Su figura se había agigantado. Todavía mantenía el puño izquierdo en alto, cuando Spac enderezándose como una cobra al ataque le disparó un swing que Pacheco acertó a detener con el antebrazo para replicar en seguida con una serie demoledora. Spac había perdido la distancia, estaba desarbolado, pero... se había puesto en pie. Y resistió. Aceptando el desigual cuerpo a cuerpo. Resistió. Pacheco había olvidado sus iniciales propósitos tácticos. Sólo tenía una intención: tirar patas arriba a aquel loco suicida, a aquel fantasma del pasado, deshacerse para siempre de él.
En el cielo aparecieron las estrellas. Las olas iban plácidamente a desvanecerse a los pies de los dos boxeadores. El corazón de Pacheco empezó a renquear como un émbolo oxidado. Soplaba dentro del pecho y los oídos del zapatero silbaron como una olla a presión. Pacheco estrelló otra vez la izquierda contra el rostro de su adversario, pero esta vez el golpe careció de fuerza. Y la réplica no se hizo esperar. Fue un directo impreciso pero oportuno. Pacheco dio un paso atrás. Apenas un paso. Un paso. Pero fue el principio del fin. Pac Spac estaba en el ring. Como aquella noche, hacía ya veinte años, cuando los jueces le dieron perdedor. Sus pies sentían la resina y el serrín. Sus puños recorrían el espacio justo, sin descomponer la silueta recortada bajo los focos. Su mirada había recobrado el destello. Sus oídos recibían el clamor. Martillo Pacheco se derrumbó, vencido al tiempo por Pac Spac y por su gastado corazón. Quedó inerte, sin más signo de vida que la sangre que fluía de la ceja partida.
En la noche, Pac Spac levantó el brazo en señal de victoria. Era el campeón. ¡Si al menos Flo-Flo hubiera visto el combate! ■



Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta

JUEGOS

ortodoxo



HORIZONTALES

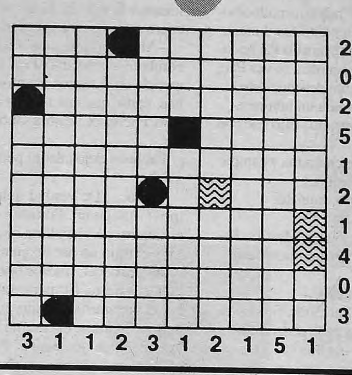
1. Rotundos, terminantes.
2. Planta gramínea que se usa para aliento de las caballerías. / Instrumento de agricultura.
3. Lugar de expendio de bebidas./ Que no está bien./ Preposición.
4. Fragancia./ De elevada estatura (fem., pl.).
5. Piedra plana./ Nombre de mujer.
6. Instrumento que sirve para medir.
7. Tomamos, asimos.
8. Onda en la superficie del agua (pl.)./ Deslucir.
9. Forma de pronombre./ Distraído./ Interjección para alentar al torero.
10. Edad, etapa (pl.)./ Lían con cuerdas.
11. Arbusto de la familia de las rosáceas./ Que recibe mucha luz.

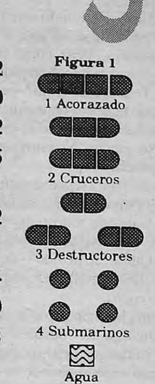
VERTICALES

1. Especie de adivinación supersticiosa./ Percibir por la nariz.
2. Tacaño./ Parte saliente del tejado.
3. Teruteru (pl.)./ Tela muy clara y sutil (pl.).
4. Preposición./ Especie de liebre de la Patagonia./ Especie de violonchelo siamés.
5. Sucesión, gradación./ Terminación de infinitivo.
6. Gusto, placer.
7. Que tiene sus partes muy separadas (fem.)./ Nota musical.
8. Acudir./ Masa gaseosa luminosa y caliente./ Contracción.
9. Linaje./ Calzado abierto.
10. Aborrecer./ Poner sal.
11. Zonzas./ Mamífero rumiante de las zonas boreales.

batalla naval

En el tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en la figura 1. Se dan algunos de los cuadros invadidos por la flota, y otros que sólo tienen agua. Además, al pie de cada columna y al costado de cada hilera, se indica cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca la ubicación de la flota. Tenga en cuenta que los barcos en ningún caso se tocan entre sí.





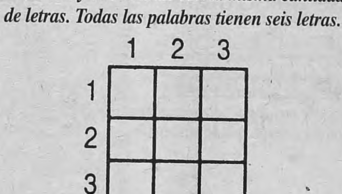
número oculto

El esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

				B	R
				4	0
4	7	9	6	1	0
2	0	8	7	1	0
3	1	5	9	0	2
2	4	8	3	1	0
8	5	0	9	1	0

uno, dos, tres

En cada casilla van una, dos o tres letras, pero en ninguna línea horizontal o vertical hay dos casillas con la misma cantidad de letras. Todas las palabras tienen seis letras.



HORIZONTALES: 1. Envío. **2.** Garantizad. **3.** Gran cantidad de oro, plata, etc., conservada en un sitio oculto.
VERTICALES: 1. Ultima postura en una subasta. **2.** Que se evade. **3.** Que tiene bastante sal.

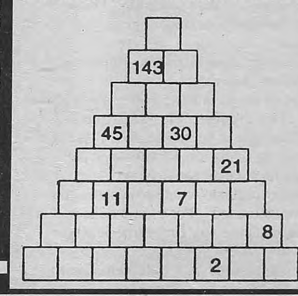
escaleras

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez. Tal vez lo logre en menos pasos que nosotros.

GRAVE	REOS
AGUDO	FUGA

pirámide numérica

Complete la pirámide colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan algunos números ya indicados.



¿anagrama o sinónimo?

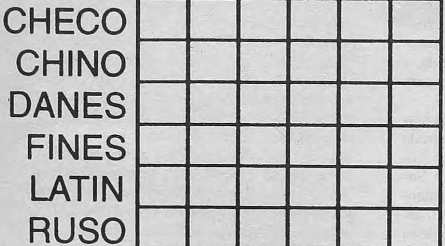
Algunas palabras están definidas con un sinónimo, otras con un anagrama (es decir, con sus mismas letras pero en otro orden).

HORIZONTALES
1. Vallas.
2. Ru./ Ose
3. Real.
4. Alcoba
5. Nada.
6. Utilizará

VERTICALES
1. Cauce
2. Vagó
3. Sala.
4. Trampa
5. So./Taberna.
6. Sonata.

acomodo

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.



solución

escalera

A. Perro, perra, parra, larra, ladra. **B. Vaca, Maca, Mata, Muta, Muda,** mude, muge.

número oculto

4287

Las soluciones correspondientes a estos juegos se publicarán en la edición de mañana.

batalla naval



¿anagrama o sinónimo?

V	I	S	E	R	A
A	R	O	■	A	C
G	A	T	O	■	U
A	N	A	D	E	S
R	■	N	A	T	A
A	M	A	S	A	D

uno, dos, tres



acomodo



ortodoxo

P	A	N	A	L	■	S	A	B	O	R
O	R	A	D	■	D	■	G	I	R	E
C	E	■	A	R	O	S	A	■	O	C
O	■	E	N	O	L	O	G	A	■	I
S	A	L	■	C	O	L	■	T	E	O
■	D	E	M	O	R	A	B	A	N	■
D	E	G	A	S	■	P	E	N	A	R
O	R	I	N	A	■	A	S	O	M	O
M	E	S	A	■	I	■	A	R	O	S
A	C	■	R	A	D	A	R	■	R	A
D	E	S	A	M	O	R	A	D	O	S

pirámide numérica

394
175 219
77 98 121
35 42 56 65
18 17 25 31 34
11 7 10 15 16 18
7 4 3 7 8 8 10
3 4 0 3 4 4 4 6